

El sabio, maestro de sí mismo

Armando de Melo Lisboa

Profesor de la Universidad de Florianópolis (Brasil)

Conocemos en la medida que amamos (S. Agustín)

Esta reflexión¹ busca pistas para responder a dos cuestiones: ¿qué posibilidad hay, en los tiempos actuales, de afirmar la relación maestro-discípulo? y, en este momento histórico de resurgimiento de los fundamentalismos, ¿cómo evitar que, en el contexto de esta relación, no volvamos prisioneros del guruismo?

Vivimos en un cosmopolitismo cultural donde «todo lo que es sólido se desvanece en el aire», de velocidad estresante, de comunicación global instantánea, en el cual, carentes de solidaridad y de discernimiento ante la avalancha de información, somos traspasados por ansias compulsivas, consumistas y vacías. El fantástico conocimiento moderno (que se yergue como un «castillo de naipes» cerrado sobre sí mismo) nos transforma en «aprendices de brujo», en «ciegos palpando al elefante».

Como alternativa para reencontrarnos con el imprescindible equilibrio, muchos apuntan al camino de la sabiduría, o sea, a una forma de percepción holística que permite conciliar el conocimiento

cognitivo con el conocimiento no cognitivo. Recuerda Nancy Unger que la sabiduría no es una técnica o un ejercicio de coleccionar informaciones, sino «*un modo de ser*», una forma de «*vivir armoniosamente*». En esta perspectiva, el sabio es una persona coherente, aquella que lo que piensa, habla y hace está en congruencia.

Particularmente entendemos que, al distinguir entre sabiduría y ciencia, no se trata de «*celebrar equivocadamente los funerales de la razón*» (Bingemer, p. 89). Si «*el sueño de la razón produce monstruos*» (Goya), tampoco los irracionales dejan de producir los suyos. Kant no deja de «tener alguna razón» cuando recuerda que la razón «*es el mayor bien del mundo*».

Vista en una perspectiva postcartesiana (y no bajo un paradigma premoderno) la sabiduría (consciencia más amplia) se presenta como una ruptura con el paradigma cartesiano (fundado en la acumulación, manipulación y control de informaciones generadas fragmentariamente), lo cual se comprende, solamente, como una forma incompleta (y por eso fraudulenta y peligrosa) de conocimiento.

La sabiduría no proviene únicamente de la razón (no es un fenó-

meno puramente intelectual), más bien se adquiere por la experiencia vivida. Esto está inscrito en su origen latino, del cual se deduce que la sabiduría es algo que tiene sabor, de la misma naturaleza que lo estético y sensual. Como enseña Max-Neef (rescatando el concepto weberiano de «comprensión»), es necesario distinguir entre describir, conocer y comprender: describir y explicar son atributos de la ciencia, y en eso hemos avanzado mucho. Sin embargo, «*describir más explicar no significa comprender*». Comprender es una categoría de otra naturaleza que tiene que ver con la «sabiduría». Para dejarlo claro, Max-Neef ejemplifica de esta forma su razonamiento: suponga que un científico haya estudiado todo lo que se puede afirmar (en términos antropológicos, bioquímicos, psiquiátricos, ...) sobre el fenómeno del amor: él sabrá «*todo lo que es posible saber sobre el amor, sin embargo nunca comprenderá el amor, a no ser que se enamore*». No se puede comprender lo que no se siente. Para comprender hay que tomar parte en aquello que se quiere comprender. El cientificismo moderno (un caso patológico de saber esquizofrénico) impide esto, pues ha generado una conciencia fragmenta-

da, personas fragmentadas, que piensan fragmentariamente. Hoy sabemos muchísimo, pero comprendemos muy poco. Nuestros desafíos actuales requieren, más que conocimiento, comprensión². Es el caso del afrontamiento de la pobreza: *«hasta ahora hemos sido incapaces de erradicarla porque sabemos demasiado de ella, pero no comprendemos su esencia»* (ibid.).

Pero, una vez aceptado que la sabiduría ha sido transmitida, en general, casi exclusivamente en el ámbito de una relación inter-personal conocida como «relación maestro-discípulo», cabe preguntar: ¿necesitamos hoy de esta relación «maestro-discípulo» para alcanzar la sabiduría? ¿O acaso ya podemos alcanzarla navegando solitariamente en los espacios virtuales?

Sin duda la sabiduría no es una mercancía que se encuentra tal cual en el mercado (a pesar de que son muchos los gurus que cobran honorarios). La sabiduría necesaria no está disponible para ser apropiada a través de un individualismo competitivo. Justamente porque el nuevo paradigma percibe el Universo como una red en constante mutación, reconociendo nuestra inter-dependencia esencial con los otros seres, hay que buscar una ética que nos traiga nuevamente un sentido de cordialidad y de respeto para con la vida, para con la Tierra y todos los que en ella habitan. En un contexto de crisis de civilización, consecuencia de la razón instrumental tecnocrática, es fundamental buscar otra forma de relacionarnos que no sea la moderna, fundada en el solipsismo dicotómico, buscamos otra manera de habitar el mundo, un *ethos* diferente.

Tal vez el deseo de una relación «maestro-discípulo» se confunda con la «tribu» que todos buscamos. Sin embargo, la «relación maestro-discípulo» no se resitúa hoy exactamente bajo su forma

tradicional (forma religiosa-fundamentalista). No se trata ya de un aprendizaje donde la verdad se revela de forma ritual y que debe ser preservada de forma no reflexiva (con la tendencia a adorar al maestro en la relación maestro-discípulo). Con todo, se trata de una relación de «discipulado» en un contexto societario nuevo: vivimos en sistemas complejos de gran reflexividad social donde la confianza debe ser cotidianamente generada (confianza activa) en términos de reciprocidad. Nuestras sociedades pos-tradicionales están libres de la coerción de la tradición, exigiendo una postura activa y reflexiva por parte de los ciudadanos (Giddens).

Entretanto, necesitamos raíces, tradiciones, que sean compatibles con la interdependencia planetaria y con el intercambio cultural. No se trata de perseguir lo exótico, sino de *«apropiarnos de manera nueva de nuestra tradición y de no tratarla como descartable»* (Unger, p. 50).

No somos auto-suficientes (ni siquiera el autista). El reconocimiento de las inevitables diferencias (de las múltiples experiencias de vida) que nos constituyen restablece la necesidad de la «relación maestro-discípulo». Para esto hay que «estar dispuesto a escuchar» (*ob-audire*), a respetar las experiencias ya vividas por los más sabios, pero ahora en un clima de comunicación dialógica: el diálogo se afirma como un modo de vivir con el otro, como capacidad de crear confianza mutua. Así, la «autoridad del maestro» es activamente negociada en el contexto de una comunidad de saber. Se trata de una relación necesariamente mutua, sinérgica, de una compartición de saberes, de experiencias diferentes y desiguales y, por tanto, incomensurables. El maestro también crece con el crecimiento del discípulo, en un proceso denominado por Guattari de

heterogénesis (o de re-singularización), donde los individuos se tornan *«a un tiempo solidarios y cada vez más diferentes»*.

Las «diferencias» y «desigualdades reales» forman parte incluso de la vida comunitaria, transformando toda comunidad en *«unidad de las diferencias»* (Tónnies). Para Dumont, en su ya clásico estudio sobre las sociedades de castas de la India, el principio de jerarquía (en cuanto «principio de englobamiento del contrario», y no como un orden de «seres de dignidad decreciente»), predominante en las sociedades pre-modernas, se contrapone al de la igualdad actualmente predominante. La jerarquía constituiría una «necesidad universal»: *«el hombre apenas piensa, actúa. No sólo tiene ideas, sino también valores. Adoptar un valor es jerarquizar, y un cierto consenso sobre los valores, una cierta jerarquía de las ideas, de las cosas y de las personas es indispensable para la vida social. Sin duda, en la mayoría de los casos la jerarquía se identificará de alguna manera con el poder, pero el caso indio nos enseña que no hay en eso ninguna necesidad»* (p. 66, subrayado nuestro).

Reconocer la necesidad de la jerarquía tiene un gran riesgo en sociedades de clases altamente reprimidas, masificadas, pudiendo llevar a actitudes de subordinación ante los «podridos-poderes» (Caetano), a legitimar tiranías. ¿No sería mejor afirmar que las virtudes morales, no siendo magnitudes cardinalmente mensurables, no cabe valorarlas por medio de la propiedad de transitividad (no pueden, pues, ser ordenadas jerárquicamente), pudiéndose establecer solamente una heterarquía (una diferenciación intransitiva) de las mismas (conf. Berman)?

El verdadero conocer es inseparable del amar. Y, un camino para la verdadera sabiduría reside en la propia etimología de la palabra

filosofía. La sabiduría se encuentra cuando se cultiva en amistad. El verdadero maestro es aquel que camina en amistad con sus discípulos (por este camino nos protegemos contra el riesgo de que nos seduzca la idea de controlar a los otros). En amistad (que sólo puede ser vivida en libertad y gratuidad) es posible combinar autonomía con solidaridad. Nunca está demás recordar que «*La amistad es una palabra sagrada, es una cosa santa y sólo existe entre personas de bien, sólo se mantiene cuando hay estima mutua*» (La Boetie).

Tal vez podamos encarar la «relación maestro-discípulo» como una relación pedagógica especial, una relación educador-educando hecha en un círculo más íntimo, en el cual hay necesariamente un compromiso profundo, una comunicación emocional donde no siempre es necesario hablar.

El verdadero maestro renuncia a la arrogante pretensión de dominio, justamente porque reconoce su ignorancia (pues «sabe que nada sabe» —Sócrates), la imposibilidad de descubrir de forma absoluta el misterio de la naturaleza, puesto que somos partes de la misma, y busca, por tanto, dialogar con este misterio (y no descubrir

sus secretos). ¡Asimismo, también el «discípulo» debe renunciar a servidumbre voluntaria!

Aquí se da una convergencia entre las antiguas tradiciones sapienciales y una nueva perspectiva epistemológica emergente que afirma la inter-subjetividad discursiva del campo científico y que, a diferencia de la ciencia cartesiana que buscaba conquistar la ignorancia y eliminar la incertidumbre, está dispuesta a confesar sus límites, su ignorancia, reconociendo que hay una ignorancia permanente (somos como marineros remando en medio de corrientes que escapan con mucho a nuestro control).³ Ninguna novedad: Nicolás de Cusa (1401-1464) defendió en *De docta ignorantia* la tesis de la imposibilidad del conocimiento absoluto. También Erasmo, Pascal...

En una civilización que ha devastado el planeta, que detenta tecnologías de autodestrucción y que está en vías de atreverse a controlar y transformar en mercancía la fuente de la vida, la peor (y más peligrosa) ignorancia es la ignorancia de la propia ignorancia (ignorancia al cuadrado), presente en la arrogancia de los expertos. No necesitamos recurrir a la sofisticación

de la teoría del caos: la sabiduría casera de las Leyes de Murphy debería ser suficiente para escapar de una estrecha política de regulación social basada sólo en la palabra de los peritos.

Bibliografía:

- BERMAN, Morris. *El reencantamiento del mundo*. Santiago de Chile: Cuatro Vientos, 1987.
- BINGEMER, Maria Clara. «Saber, sabor e sabedoria». In: Vários. *Fé, política e cultura*. São Paulo: Paulinas, 1992.
- BOETIE, Etienne de la. *Discurso sobre a servidão voluntária*. Lisboa: Antígona, 1986.
- DUMONT, Louis. *Homo hierarchicus*. São Paulo: EDUSP, 1992.
- GIDDENS, Antony. *Para além da esquerda e da direita*. São Paulo: UNESP, 1996.
- GUATTARI, Félix. *As três ecologias*. Campinas: Papirus, 1990.
- MAX-NEEF, Manfred. *Human scale development*. London, Apex Press, 1991.
- UNGER, Nancy. *O encantamento do humano*. São Paulo: Loyola, 1991.

Notas

1. Presentado en el symposium sobre la relación maestro-discípulo que se realizó en Florianópolis.
2. Resulta interesante observar que, en función de los problemas subsiguientes al «exceso de información», hoy grandes empresas están instituyendo el «vicepresidente de conocimiento» con la finalidad de interpretar la información y dar «el salto hacia la sabiduría». Ya han descubierto que «conocimiento es poder de mercado».
3. Estamos hablando de Morin, B. Santos, Funtowicz, Ravetz, Beck, Prigogine.

Traducido del portugués por ACONTECIMIENTO.